



Por Zoom. Roberto contó su historia a La Voz a través de una videollamada, luego de recibir su título. (NICOLÁS BRAVO)



En familia. Orgulloso, junto a su esposa Laura y a su hijo Máximo.

HISTORIA DE VIDA

Héctor Brondo
hbrondo@lavozdelinterior.com.ar

Roberto Ochonga (37) comprobó que una de las maneras como se manifiesta la felicidad se parece a un choque múltiple de emociones gratas —a la altura del esternón— que derrapan en sollozos hasta la garganta y estallan en lágrimas a borbotones al final del zigzag sin control.

Eso sintió no bien juró desempeñar con honestidad su profesión y asumir con responsabilidad los compromisos que le depara el destino como contador. Él es uno de los 130 integrantes de la primera colocación de grado virtual en 76 años de historia de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC).

El aislamiento social que se aplica con el fin de proteger la salud pública frente a la propagación del Covid-19 determinó el formato de la ceremonia sin precedentes. La entrega simbólica de títulos se desarrolló el martes último y fue transmitida en vivo desde la sala del Consejo Directivo. Duró poco más de una hora y se la puede ver completa en YouTube.

El acto tuvo pasajes enternecedores. Quizá el punto culminante haya sido cuando los participantes remotos leyeron en sus pantallas: “Con mi viejo vendíamos verduras en un carrito, y una señora me preguntó qué quería ser de grande y le respondí: ‘contador’. Me queda el recuerdo de seguir estudiando pese a todo, de asistir a todas las clases, de sonreír siempre que caminaba por los pasillos de la facultad, y la satisfacción de cada materia aprobada”.

Roberto traza esa línea imaginaria de tiempo para resumir las tres décadas que pasaron entre aquella manifestación de vocación temprana y la consumación del sueño

“Bolita”: de vender verduras en la calle a contador público

Roberto Ochonga tuvo una infancia con carencias en una villa cordobesa, pero desde siempre fue bueno con los números.

El martes pasado cumplió su sueño y recibió su título como profesional en Ciencias Económicas.

“DE CHICO VENDÍA VERDURAS CON MI PAPÁ, Y UNA SEÑORA ME PREGUNTÓ QUÉ QUERÍA SER DE GRANDE. Y YO NO DUDE: ‘CONTADOR’, DIJE”.

revelado en la niñez.

El testimonio fue uno de los elegidos por los editores del video que se proyectó al cierre de la transmisión del acto singular. También, el que más conmovió al actual decano de Ciencias Económicas, Jhon Boretto, quien lo difundió a través de las redes sociales.

“Bolita” —tal el apodo del entrevistado— nació el 11 de octubre de 1983 en la villa Canal de las Cascadas, al norte de la ciudad de Córdoba. El año pasado, exactamente el mismo día que cumplió 36 años, le comunicaron que había aprobado la última materia que le quedaba

“A LOS POBRES, LA EDUCACIÓN PÚBLICA NOS INCLUYE Y NOS DA POSIBILIDADES PARA HACER POSIBLES ALGUNOS SUEÑOS”.

para recibirse de contador. “Fue el mejor regalo que recibí en mi vida”, aventura sin dudar.

“La alegría que sentí en ese momento no me cabía en el cuerpo. No podía creer lo que me estaba pasando”, comparte con La Voz el registro emocional del triunfo a través de una comunicación vía Zoom. “Valió la pena tanto esfuerzo”, reconoce con voz empapada y abre un paréntesis en el relato para reacomodar los sentimientos que se adivinan alborotados.

Laura, su esposa, le acaricia en círculos la espalda y le demuestra el orgullo que siente por él con un

beso en la mejilla. Máximo (7), el hijo de ambos, abre la boca sin pudor en un bostezo que casi se replica del otro lado de la conexión.

Carrera con obstáculos

Roberto atravesó la infancia, la adolescencia y se hizo hombre en aquel asentamiento urbano, enclavado entre los barrios Poeta Lugones, Santa Cecilia y Los Bulevares.

“Mis viejos estuvieron entre los primeros en llegar a la villa. Eso fue a principio de los ‘80”, amojona en la memoria. Se refiere a Carlos Ochonga y a Raquel Sánchez. Ellos criaron 11 hijos a duras penas. Roberto es el del medio de la prole. “Nuestra casa tenía tres o cuatro ambientes chicos. Era de techo de chapa y paredes de ladrillos pegados con barro”, describe la precariedad.

“No teníamos electricidad, ni agua corriente, ni nada. Nos bañábamos en un fuentón y en tandas; el baño era un inodoro puesto sobre un hueco en la tierra al que le tirábamos agua con tarro después de usarlo”, trae a la memoria.

Roberto cuenta que empezó a trabajar desde niño. “Como a los 7 o a los 8 años, salíamos con mi viejo a vender verdura con un carrito de mano. Y mientras él pesaba lo que nos compraban, yo sacaba las cuentas mentalmente y le decía lo que tenía que cobrarles a los clientes”, recuerdas de aquella época de

vendedor ambulante. “No le erraba nunca”, exagera con alarde.

Roberto también fue jardinero y “canillita”. Vendió diarios en la parada de avenida La Voz del Interior y bulevar Los Alemanes. Además, fue mozo, changarín de albañilería, operario en una fundición de acero y sereno en una fábrica. Aclara que desarrolló esas labores paralelamente a sus estudios formales.

“Hice la primaria en la escuela Maestros Puntanos y el secundario en el (Ipem 202) Federico Leloir”, de barrio Los Boulevares, precisa. “Los dos eran establecimientos públicos y tenían comedor del Paicor. No faltaba casi nunca a clases porque el día que no iba, no almorzaba; en mi casa la comida casi nunca alcanzaba para todos”, explica y conmueve.

En 2006 entró a la UNC y el año pasado terminó la carrera de contador. “En la facultad me ayudó todo el mundo. Mis compañeros y los profes me dieron los apuntes, me hicieron un lugar para que estudiara en la biblioteca y comí en el Comedor Universitario sin pagar ni un peso porque estaba becado”, reconoce con gratitud.

“A los pobres, la educación pública nos incluye, nos contiene y nos da posibilidades para crecer y hacer posibles algunos sueños”, concluye la entrevista el flamante graduado en Ciencias Económicas. “Bolita”.

#InformaciónParaCuidarte

La Voz
hace zoom

Ciclo de videoconferencias y videoentrevistas.